

Un formidable éxito  
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica  
con el que se regala un lujoso

**ALBUM**

para coleccionar las  
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica  
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Nº 26

25 cts.



LA CAMA  
DE ORO

POR  
ROD LA ROCQUE  
LILLIAN RICH

**Filmoteca**

de Catalunya



\* DE MILLE, Cecil Blount

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 265

*The Golden Bed, 1924.*

## \* LA CAMA DE ORO

Sentimental producción americana, interpretada  
por las bellas artistas Lillian Rich, Vera Reynolds  
y el simpático galán Rod La Rocque; <sup>Warner Baxter</sup> entre otros.

*Cinema d' Aujourd' Hui, N.º 53 (De Mille/1924)*  
*The Great Movie Stars (BAXTER/50)*

Es una Película PARAMOUNT

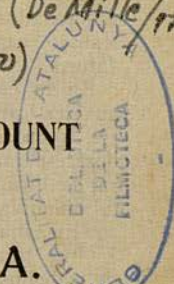
Distribuida por

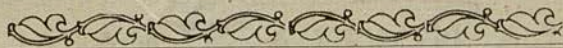
SELECCINE, S. A.

\* - En © aparecen, seguramente por error,  
como realizadore: Frank URSON y Paul Iribe  
cuando a todos tales señan ©-realiz.  
Con esta novela se regala la postal-fotografía de

PHILLIS HAYER

© Dictionnaire Cinema Universel de Renée  
Jeanne y Ch. Ford - URSON/658  
E. en Francia "Lit Dor"





# LA CAMA DE ORO

## Argumento de la película

La mansión solariega de los Peake se hallaba envuelta en celajes de tradición. Sus paredes estaban cubiertas de pinturas al óleo de ilustres antepasados. Parecía que los muertos mandasen en aquel hogar, lleno de objetos antiguos.

Por contraste, allí cerca, la casa de los Holtz estaba sumida en el humo de las fábricas vecinas. Sus antepasados eran desconocidos. La pobreza y el trabajo caminaban asidos a la vacilante mano del futuro.

En la espaciosa mansión solariega de los Peake, en rica cama de oro, regalo de Luis XV de Francia, dormía una preciosa criatura de bucles dorados, esperanza de un decadente esplendor. Era Flora, la hija del coronel Peake, la mimada de la casa, la chiquilla encantadora, que esparcía la magia de su simpatía infantil.

Otra hija tenía el coronel, Margarita, una niña de cabellos oscuros, de ojos negros, tímida y dulce. Era de carácter apagado, ligeramente melancólico, con esa leve tristeza de las criaturas enamoradas, antes de tiempo, de la formalidad.

En el hogar humilde, la cama de Admah Holtz era de hierro. Pero Admah, que apenas había cum-

plido los trece años, no se entristecía por ello, y era tan risueño como su amigueta Flora, la pequeña dueña de aquel palacio maravilloso de la Avenida.

Vendiendo por las calles de la ciudad los caramelos que confeccionaba su madre, el destino dirigía siempre los pasos de Admah a la verja del jardín de los Peake, en donde el chiquillo, invariablemente, encontraba a Flora y Margarita, hijas del empingorotado coronel Peake, con más pretensiones que dinero en los bolsillos.

El muchacho de los caramelos de menta sentía cierta predilección por Flora, a quien regalaba su mercancía, mientras que a Margarita le hacía pagar diez céntimos por un menguado cucurucho de caramelos.

Flora abandonaba sus muñecas para correr a la verja y recibir alegremente el obsequio de su amigueto. Y Margarita, desde lejos, sentía celos por esta predilección. Iba a quejarse al coronel Peake, lamentando el trato desigual. El viejo y estirado militar, que era viudo, sin otro cariño en la tierra que las dos niñas, le decía acariciándola:

—No le tengas celos, preciosa. Algún día, un Príncipe de cuento de hadas se rendirá ante el encanto de los bucles de oro de Flora... y entonces habrá dulces y bombones para todos...

Porque en aquella casa no reinaba la abundancia que parecía reflejar el lujo exterior. Las deudas iban amontonándose sobre el palacio. Y el padre vivía de ilusiones, confiando en que el día de mañana, cuando Flora fuese mayor, haría una buena boda que fuese la salvación de todos... En cuanto a Margarita, ¡era tan humilde, tan apagada, la pobre!...

El reloj de la vida fué señalando nuevas horas. Pasaron dos, cinco, diez años. Y un día, las campanas de la iglesia repicaron alegres anunciando la boda de Flora.

Las dos niñas se habían convertido en espléndidas mujeres. Flora, de belleza altiva, enamorada del lujo y del derroche. Margarita, linda, con una belleza algo temblorosa de planta, con los ojos negros que parecían brindar paz.

Iban cumpliéndose los sueños del Coronel. Flora se casaba con el marqués de San Pelagio, un hombre rico y poderoso.

Para lograr aquel casamiento, el Coronel tuvo que realizar verdaderos esfuerzos, aparentando una riqueza que no poseía e hipotecando la casa solariega que iba a ser entregada a la voracidad de los usureros.

Flora parecía haber nacido y sido educada para restaurar la perdida grandeza de su ilustre apellido. Margarita, en cambio, era la Cenicienta de la casa, siempre segunda parte en todo.

Admah Holtz, el niño vendedor de caramelos, era hoy un industrial con tienda propia y grandes ambiciones. Admah había sido encargado de proveer los dulces, helados y pasteles que habían de consumirse en la boda de Flora con el apercaminado marqués de San Pelagio.

El día de la boda los salones, prontos a ser embargados, del coronel Peake, se vieron invadidos por lo más selecto de la ciudad. El sacerdote había bendecido ya la unión de los novios. Flora, radiante, recibía las felicitaciones de todos. Aquel matrimonio le permitiría lanzarse a su pasión desenfrenada: el lujo, y sentía por su marido el agradecimiento que inspiran las personas que nos hacen algún favor.

Uno de los invitados, sujeto peligroso cuyos millores eran incontables, se acercó a Flora para felicitarla. Y para demostrar su simpatía, la besó tranquilamente delante del Marqués, y la dijo:

—¡Creo que es el homenaje mejor que usted se merece! ¡Ah, la beso como pudiera hacerlo a una Reina, señor Marqués!...

—¡Bien! ¡bien! Pero no lo repita — contestó el marido, besando a su vez a Flora como para borrar las huellas de la caricia audaz.

Entretanto, en la cocina, Margarita dirigía los preparativos para el banquete. Entró Admah, cargado con su golosa mercancía... El joven sentíase vivamente impresionado. Aquella Flora con la que había jugado cuando niña, se casaba, adquiriendo a los ojos de él una superioridad imponente. Con los años transcurridos, el recuerdo de Flora no se había borrado de su imaginación. Y distraído, con tales preocupaciones, dejó la cubeta del helado sobre una cesta de huevos, rompiéndolos bajo su peso.

—Pero ¿qué hace? — gritó Margarita, disgustada.

—Perdone, Margarita. La boda de Flora me tiene tan atolondrado...

Margarita sonrió entre enfadada y risueña.

—No se excuse. Siempre el mismo... Y ahora, márchese... y... no vaya a salir por la puerta principal, ¿eh?... Cuidadito, que tenemos invitados de alto copete.

—¡Oh, tiene usted razón! ¡Un pobre confitero como yo no puede presentarse a ninguna parte!

Iba a salir, cuando escuchó el alboroto que llegaba de los salones. El muchacho, deseando ver algo, acercóse a una puerta abierta que daba a la escalera principal, y se asomó a ella. Una oleada de luz le cegó de pronto...

Los invitados brindaban por la salud y la dicha de los novios. Admah, inconscientemente, cogió una taza e hizo ademán de brindar a su vez. ¡Sí! ¡sí! ¡por la felicidad de su amiguita! No le veían, pero él, en cambio, contemplaba todo el espléndido lujo del salón.

Escuchó la voz delicada de Flora que decía:

—Voy a echar mi ramo de flores a las muchachas... ¿Quién lo coge?

Y subió alegremente la escalera, dominando des-

de aquella altura a las cabecitas femeninas que se agitaban bulliciosas. Cien manos se alzaban pidiendo las flores de la novia, que dan la felicidad y el amor. El marqués de San Pelagio, junto a la baranda, reía ante el alborozo juvenil que su esposa provocaba.

Iba ésta a tirar el ramo, cuando descubrió a Admah, cuyos ojos en éxtasis la contemplaban. Sonrió ante la presencia de aquel amigo de sus años infantiles y le miró alegremente, con esa dicha que despiertan los compañeros de la niñez. Echó el "bouquet" sobre la multitud, pero separando antes una rosa que quedó entre sus manos, la lanzó al joven. Admah la guardó, sonriente, con emoción.

El marqués de San Pelagio, que había presenciado la muda escena, frunció el ceño, envolviendo con ojos duros al confitero. El pobre Admah quiso excusarse con un gesto de bondad humilde... ¡El no tenía la culpa si le hacían un regalo!... Y alegremente salió por la puerta de servicio, llevando en su pecho como recuerdo de la fiesta la rosa de pétalos sedosos como la piel de la novia.

El Marqués estaba contrariado... Flora era algo coqueta. ¡Y esto no le parecía bien!

Al siguiente día, los marqueses de San Pelagio embarcaron para Europa en viaje de novios... Residirían una temporada en Suiza, dedicados al alpinismo, de cuyo deporte era gran aficionado el Marqués.

\*\*

El palacio del coronel Peake fué embargado. Los esfuerzos que había tenido que realizar el militar para pagar las esplendídecas de la boda, acabaron de arruinarle, y la casa solariega pasó a poder de usureros sin conciencia.

Margarita ocultaba bajo su capa de aparente debilidad un corazón enérgico. Comprendió que había llegado el momento de trabajar, de servir para algo...

Todavía el Coronel quiso disuadirla de sus propósitos. Cuando volviera el marqués de San Pelagio, aquello variaría por completo, porque rescataría el palacio de manos de los prestamistas y les conce-



*...pero separando antes una rosa que quedó entre sus manos...*

dería una buena renta para vivir... ¿Iba a consentir que muriesen de hambre?

—No, yo deseo trabajar — dijo Margarita—. Y ahora mismo voy a colocarme...

Pero, ¿dónde buscar una ocupación?... Deambulando por las calles, llegó a la tienda de Admah, y leyó en el escaparate un rótulo en que se ofrecía

trabajo. No dudó un momento. Y el joven la vió aparecer en la tienda, con su aire de muchachita formal, mirándole con sus ojos claros y luminosos.

—Margarita — le dijo—, ¿qué de bueno la trae por aquí? ¿Algún dulce? ¿Bombones?

—¡No se trata de eso!... He visto su cartel ofreciendo trabajo. Le agradecería me reservase el empleo para mí...

Admah la miró, sorprendido.

—¡Qué guasona es usted!... Conque, toda una personita noble, la hija del coronel Peake, de humilde dependienta en una pobre confitería, ¿eh?... ¡Se está usted burlando de mí!

—¡No, Admah! ¡Si usted supiera! En casa somos pobres, pobrísimo... Nuestro lujo era aparente; por dentro la miseria nos envolvía... Hemos realizado grandes esfuerzos para casar a mi hermana, pero ahora ya nada nos queda... Han embargado nuestra casa... nos falta lo más preciso... y, sin embargo, ¡hemos de vivir! ¿No querrá usted compadecerse de nosotros?

El muchacho estaba aturdi-do.

—Pero... lo que yo necesitaba era un chico, no una mujer. ¿De qué me va usted a servir aquí?

—¡Oh, de cien cosas! ¡Una mujer, cuando quiere, es el alma de todo!... Yo arreglaría su tienda de modo delicado, bonito, coquetón, con el gusto de mis pobrecitas manos que aprendieron a realizar primores en el colegio... ¿Qué le parece a usted?

—¡Me ha convencido!... Nada... aceptado. Mañana a las nueve aquí... Le daré diez dólares a la semana. ¿Qué le parece?

—¡Gracias, Admah! ¡Dios se lo pague!

El joven se hallaba todavía bajo el influjo de la sorpresa. Parecía un sueño. ¡Y, sin embargo, los labios de Margarita decían verdad!

Margarita, después de mostrarle nuevamente su gratitud, se encaminó a la puerta.

Sonriente, Admah, acordándose de algo que ocurrió el día de la boda, le gritó:

—¡Eh, Margarita! Desde mañana pasará usted por la puerta de servicio. La principal está destinada a los clientes...

De pronto no atinó Margarita a qué venía aquello...

—¡Ah, bueno! — replicó, sorprendida—. Así lo haré.

—¡No le extrañe! — dijo el joven, riendo—. Lo aprendí de usted... el día de la boda de su hermana... ¿No se acuerda? Me prohibió usted que me fuera por la puerta principal...

Ahora recordó Margarita... ¡Le devolvía la humillación! ¡Qué vueltas, qué cambios daba el mundo!...

\*\*

Los marqueses de San Pelagio llevaban ya algunos meses en los Alpes Suizos. El Marqués continuaba haciendo excursiones por las heladas montañas. Flora, en cambio, pretextando fatiga, quedábase en el hotel.

Recién casados, sentíanse separados por la diversidad de caracteres. La Marquesa parecía vivir exclusivamente por la tentación del lujo. Y su marido comprendía que Flora no era más que una muñeca de salón. ¡Y algo peor, aunque él no lo sabía!

Flora prefería la compañía del duque de Savarac, un noble francés que tenía la ventaja sobre el de San Pelagio de ser bastante más rico que éste. Y ella, conquistada por la visión de fantásticas riquezas que el Duque juraba poner a sus pies, se dejaba mecer por ese amor culpable; y en el hotel, los dos amantes se entregaban a su cariño.

Un día, el Marqués regresó temprano de su excursión. Se sentía fatigado, deseando el cálido amor de la lumbre que le repondría las fuerzas. Entró,

silencioso, en la habitación que ocupaba con su esposa en el hotel, y la volvió a cerrar precipitadamente, sorprendido por una escena inesperada, terrible.

Savarac tenía entre sus brazos a Flora. Los dos amantes, absorbidos en su amor, no habían visto al Marqués.



—¡No lo extrañe! Lo aprendí de usted... el día de la boda de su hermana.

San Pelagio, sintiéndose quemado por la afrenta, vaciló un momento. Merecían un castigo implacable. Pero allí no; en el hotel no convenía dar ningún escándalo. Era necesario esconder el enojo bajo la máscara del disimulo. Y adoptó una resolución inmediata.

Movió ruidosamente los pies, habló con un camarero, y finalmente abrió la puerta. Las señales de

su presencia bastaron para que Flora y el Duque deshiciesen el abrazo y se sentasen rápidamente ante una mesa, aparentando continuar una partida de naipes.

—¿Usted aquí, mi querido Duque? — dijo el marido.

—Sí... le aguardaba a usted para jugar unas partidas. Sé que es usted aficionado...

La Marquesa sonrió con displicencia.

—¡Bien!... ¡bien!... Pero es el caso que yo no tengo el menor deseo de jugar... Vengo fatigado...

Ocultaba su disgusto maravillosamente. Los culpables, ante la tranquilidad del marido, recobraron su buen humor.

—Por cierto, Flora, voy a hacerte un regalo... Una flor que he cogido en lo más alto del monte...

Y le mostró una flor blanca, como hecha de pétalos de nieve.

—Los suizos la llaman "flor de amor" porque se marchita rápidamente, como ciertos amores de la tierra...

Al decir esto miró fijamente a su mujer, y ésta, a su vez, lanzó una rápida ojeada al Duque...

—¡Qué bonita! — dijo ella, poniéndosela en el pecho.

Pero un pequeño mono, que era el encanto de la Marquesa, saltó sobre su dueña, cogió la flor y fué a deshojarla en un rincón, con una voracidad agresiva.

—¡Maldito mono!...

—No te preocupes — dijo el Marqués, riendo —. Mañana iremos a una excursión a los picos vecinos... Queda usted invitado, Savarac... Allí encontraremos flores como ésa... ¿Nos acompañará usted, Duque?

Savarac, alegremente, respondió:

—¡De mil amores!...

El Marqués, contemplando los rostros indiferentes de los culpables, creía haber soñado... ¡Pero no;

la imagen de Flora, abrazada a Savarac, le causaba horror!

—Convenidos — agregó con voz grave —. Mañana a primera hora... Brindemos ahora por el éxito de la excursión... ¡para que todo vaya bien!..

—Brindemos — dijo el Duque.

Los tres levantaron las copas llenas de vino áureo... Fué un brindes elocuente, en el que parecía palpar la tragedia. ¡Ay, mañana!..

Al siguiente día, acompañados de un guía, los marqueses de San Pelagio y el duque de Savarac emprendieron la excursión. La ascensión era penosa por aquellos caminos cortados a pico entre bloques de hielo jamás deshechos por el sol...

Flora, olvidando toda conveniencia, bromeaba con el Duque, yendo junto a él, olvidándose por completo del marido, desdenado y furioso, que les seguía a corta distancia.

Llegaron a la cima de un ventisquero desde donde se divisaba un panorama soberbio y el aire puro de la sierra parecía cortar la respiración.

—¡Miren ustedes ahí! — ¡Ay de quien cayese en uno de esos precipicios! -- dijo el guía.

Los tres se asomaron al abismo, contemplando aquella horrenda profundidad

—¡Pobre de él, quien cayese aquí! — agregó el Duque.

El marqués de San Pelagio descubrió de pronto una modesta florecita, una de aquellas "flores de amor", que había nacido en la hendidura de unas rocas, al borde de un abismo.

—Duque — dijo con una sonrisa fría y estremecedora —, le ofrezco una ocasión para que su galantería se muestre... ¡He ahí una flor que mi esposa mucho le agradecería!

Savarac y Flora le miraron sorprendidos... Pero el primero, al ver lo peligroso que resultaba aquella proposición, respondió sonriendo:

—¡De ningún modo, Marqués!... ¡No me perdo-

naría nunca haberos privado de una ocasión como ésta!... Vuestra esposa os habrá de agradecer este obsequio que tiene el mérito del peligro...

—¡Vamos!... Se ve que el señor Duque nos resulta menos galante en la montaña que en la ciudad... Ya que usted no quiere, iré yo...



*Llegaron a la cima de un ventisquero...*

—¡No hagas eso, por Dios! — dijo Flora—. ¡Vas a matarte!...

—Tengo mis motivos para regalarte la flor...

—¡Oh, señor Marqués! — advirtió el guía—. ¡No haga usted eso!... Piense en sus dificultades, en la profundidad de la sima...

—Y ¿qué me importa? ¡Adelante!...

Su mirada abstraída, su rostro pálido, ponían en guardia a la Marquesa. ¿Por qué hacía todo aquello su marido?



Atado por fuerte cuerda que el guía y el Duque sostenían, y apoyándose en un pico, San Pelagio descendió hacia la roca en cuyo borde la flor blanca parecía un milagro entre esta tierra de frialdad. Cortó la flor, clavándola después en la punta acerada de su bastón. Contempló un momento la ancha boca del precipicio, enorme abertura que se perdía en lo misterioso... Sonrió... Volvió a elevarse para entregar el obsequio a su mujer...

Flora y los dos hombres contenían su respiración... La audacia del Marqués les tenía sobrecogidos, aterrados...

El Marqués levantó el pico.

—Ahí tienes la flor, querida.

Ella recogió el regalo, con una sonrisa de agradecimiento y compasión.

Pero de pronto el Marqués tiró de la cuerda que rodeaba su cuerpo, y con el brutal estirón hizo caer junto a él al duque de Savarac, que le miró aterrado. Las rocas, situadas a unos dos metros de la cima, bordeaban el trágico abismo sin fondo.

Arriba, el guía y Flora hacían desesperados esfuerzos para sostener la cuerda que ataba el cuerpo de los dos hombres.

—Pero, ¿qué ha hecho usted? — gritó el Duque —. ¿Qué significa su actitud?...

—¡Significa que ya estamos lejos de la vida, Savarac! ¡Voy a cortar la cuerda!... Ya no podremos subir... Aquí, sobre estas rocas, uno de los dos ha de caer para siempre... Va usted orientándose, ¿eh?... ¡Piense en el honor que usted ha manchado!...

—¡Oh! — gimió el Duque con la humildad de todos los cobardes —. ¡Perdone... yo estoy dispuesto a reparar eso, pero aquí no!... ¡Aquí no se matan los caballeros!...

—¡Los caballeros, no... pero tú no eres un caballero!... ¡Voy a cortar la cuerda!...

—¡Subid... subid pronto! — gemía, entretanto, Flora.

—¡Por amor de Dios, no corte la cuerda!... ¡No hay ninguna mujer que valga la vida de un hombre!...

—Se equivoca usted, Savarac... ¡Mi mujer vale la vida de los dos!...

Alzó el pico para cortar la cuerda; los dos hombres se enlazaron en lucha brutal, suspendidos sobre el trágico abismo...

Y de pronto, la cuerda, destrozada por el roce de una piedra afilada como el acero, se partió, y los dos rivales, en un abrazo terrible de odio y de muerte, desaparecieron, rebotando por las dentadas peñas, hundiéndose en el fondo misterioso del precipicio...

Flora dió un grito de horror que se esparció como un eco siniestro.

—Corramos — gimió —; avisaremos a las gentes... ¡Hay que salvarlos!...

—Es inútil, pobre señora — respondió el guía con emoción —. ¡Se perdieron para siempre, sin remedio!... ¡Llore, llore, buena señora!...

Flora, horrorizada, lloraba... Estuvo allí algún tiempo. Después, siguió su camino con el guía. Las montañas perdían su blanca nitidez... Encendidas por el sol de la tarde, las vertientes parecían reflejar un incendio interior... Eran como visiones de aquellos dos hombres ensangrentados, aplastados contra las nieves perpetuas.

\*\*\*

La marquesa de San Pelagio, unos días después de la tragedia, recobró su tranquilidad de mujer preocupada siempre de su porvenir. Su esposo la había olvidado completamente en su testamento. Y pobre, sin otro recuerdo de sus excentricidades que un mono al que vestía con miniaturas de sus trajes y sombreros, regresó a América.

El coronel Peake había muerto, soñando en vano con la prosperidad y la vuelta rápida de su hija, la Marquesa.

Margarita había prosperado al lado de Admah, de

quien era secretaria particular. El antiguo confitero, gracias a sus méritos y a la colaboración que le prestara su amiga y dependienta, era ya una autoridad en la materia. Su casa, acreditada por la pureza de sus géneros, iba adquiriendo renombre prestigioso. Se había formado una gran Sociedad para la explotación del negocio, de la que Admah era Presidente.

Un día despidió a un corredor que le ofrecía un azúcar concentrado. El se negó a escucharle, con la energía del comerciante que tiene a gala servir su mercancía con pureza integral. En esta labor de perfeccionamiento de sus artículos, le ayudaba Margarita, a la que el joven agradecía sinceramente todos sus desvelos.

—Mire — le dijo un día Margarita —; le he comprado algo que le hacía mucha falta... Una corbata...

Y abriendo el paquete, puso en sus manos la prenda, de discretos colores.

—Gracias por el regalo, amiguita; pero, ¿es que no llevo ya corbata?...

—¡Le diré!... Su corbata de nudo hecho, no es digna de todo un señor Presidente de la Sociedad "Admah Holtz y Cía."...

—¡Es usted admirable, Margarita!...

Comenzaba a sentir por esta linda criatura las oleadas de la más intensa gratitud, gratitud próxima a estallar en amor... Pero no acababa de decidirse...

Margarita sentía por Admah la ternura de un corazón tímido, enamorado por primera vez.

Un día Margarita se vió sorprendida por la presencia de Flora... Las dos hermanas se abrazaron dulcemente, recordando los sucesos ocurridos durante la ausencia...

—¡Y he quedado pobre, Flora, más pobre que tú!... ¡Vengo a implorar que me acojas en tu casa, como una hermanita humilde!... ¡He de trabajar!... ¡Mi marido no me dejó ni un céntimo!...

—¡Cuanto yo tengo es tuyo, Flora!... ¡Volveremos a vivir juntas, como antes!... ¡Lo triste es que ya no esté papá!...

El mono que llevaba siempre consigo la viuda, se metió en el despacho donde Admah se hallaba trabajando. Al ver aquel huésped inesperado, el joven fué a inquirir la causa de su visita.

—¡Flora!... ¿usted aquí? — le gritó alegremente.

—¡Admah!... ¡querido Admah!...

Los dos estaban conmovidos.

—¿Quién iba a pensarlo, Flora?... Supe su desgracia, su pena...

—¡Oh! — dijo ella, procurando rechazar aquel trágico recuerdo —. No hablemos de ese dolor... Pero, Admah — continuó, dirigiendo una mirada al soberbio lujo de la oficina —, ¿cómo ha prosperado usted tanto?... ¿Qué es esto?...

El joven rió, entusiasmado.

—Pues no ha visto usted lo mejor... ¡Venga conmigo!...

Parecía haber olvidado completamente a Margarita. Ante Flora, su preferida, la amiguita de la infancia, la más querida, sentía una poderosa emoción. El detalló sus riquezas... ¡Y Flora creía vivir un sueño!... Admiró los grandes hornos, llenos de moldes que fabricaban dulces de todas clases en inmensa cantidad; legiones de obreros que trabajaban con ahínco para proveer a otros establecimientos... ¡Admah era todo un personaje!...

En días sucesivos, se hizo más íntima la amistad entre Flora y Admah. Margarita, enamorada y silenciosa, veía ésto y callaba... Sí, seguía su destino, ser siempre la segunda en todo... Y, sin embargo, sentía por el joven un amor sincero...

Flora no se había curado de sus ansias de lujo. Todo lo supeditaba al placer de tener riquezas... Necesitaba vivir siempre rodeada de un ambiente de bienestar.

Ahora ella era pobre. Su destino sería imitar a

Margarita, trabajar en alguna tienda, ir a pie por la gran ciudad, mientras otros en automóvil paseaban sus ocios y su suerte. ¡Y Admah era rico... y la amaba!... La mano de él, al estrechar la suya, temblaba con una emoción difícil de ocultar. Admah era, pues, el hombre que podía satisfacer sus anhelos... Y un día en que el joven le declaró tímidamente su amor, que no se había atrevido a decir años antes por la diferencia de clases, ella le aceptó, radiante de felicidad...

Se casaban poco después... Y Margarita, la flor humilde, trabajó con mayor entusiasmo que nunca para acallar la pena de su corazón...

\*  
\*\*

Durante algunos meses, los negocios marcharon viento en popa. La antigua casa solariega de los Peake volvió a ser suya, y fueron a vivir en ella. Flora gastaba con una prodigalidad aterradora, como si el oro de su marido no tuviera fin.

Pero las excesivas cuentas de Flora eran superiores a las disponibilidades de Admah. El muchacho tampoco tenía la fortuna de un multimillonario. Las cuentas de trajes, de sombreros, de joyas, de autos, de vestidos y adornos para ella y el mono, subían cantidades fantásticas. Y Admah, con el afán de no quitar las ilusiones de su mujer, seguía manteniendo el boato con desesperados esfuerzos.

Tenía en el negocio un déficit de cincuenta mil dólares, que se habían ido en fiestas, viajes y vestidos. Para salvar las dificultades financieras y a fin de que los otros Consejeros no se dieran cuenta de la gravedad de la crisis, no recibía ya groseramente a los corredores que iban a ofrecerle artículos mezclados, con un cincuenta por ciento de materia de calidad inferior. Sin decidirse aún a emplear tales medios, veía en perspectiva un doloroso porvenir si no encontraba dinero para cubrir el desgarrón, cada vez más enorme, del despilfarro.

Aquellos días había cometido una verdadera imprudencia. Su mujer, que al propio tiempo que proseguir en su lujo quería humillar a todas las otras grandes damas de la ciudad, enterada de que la señora Thompson daba un baile en el Casino en honor de sus amistades, proyectó para la misma noche otro baile, tan espléndido, tan original, que tendría que hablarse de él por muchos años... Sería el baile del dulce. Aprovechando la maquinaria que poseía Admah, se construirían mil caprichos de dulce de confitura.

El marido protestó, pero ella acalló sus escrúpulos... Y todos los obreros de la casa se dedicaron a laborar exclusivamente para aquel baile.

El señor Thompson, cuya esposa daba la fiesta en competencia con la de Flora, había prestado dinero a Admah por valor de muchos miles de dólares. Y el pagaré que Admah había firmado vencía precisamente el mismo día de la fiesta.

Admah sufría lo indecible al no poder atender sus compromisos comerciales. El Tesorero de la entidad, aquella misma tarde le entregó cinco mil dólares, diciéndole:

—Guárdelos hasta mañana... No pude ingresarlos hoy en el Banco...

El Tesorero, como los otros Consejeros de la Sociedad, desconocían la verdadera situación de la casa, aunque no ignoraban los gastos enormes que de algún tiempo a esta parte estaba realizando Admah. Ignoraban también la deuda que el joven tenía contraída con Thompson y que vencía el mismo día...

El Tesorero, al ver los preparativos del baile, le advirtió:

—Admah... creo que va usted por mal camino... Vigile mucho... los lujos conducen a veces al desprestigio de un hombre. ¡Cuidado!...

Cuando quedó solo, Admah comprendió lo triste de la realidad... ¿Qué iba a ocurrir con aquel gasto incesante?... Y por si faltara algo, su esposa le telefo-

neó diciendo que necesitaba tres mil dólares para el pago de la cuenta atrasada de la modista.

—Envíamelos en seguida, querido... Si no, la modista no quiere dejarme el traje que le tengo encargado para esta noche...

—¡No puedo, Flora!... ¡Si tú supieras!...

—Pero, Admah... Vas a hacerme caer en ridículo... Necesito el traje... ¿comprendes?...

Y él accedió... Y como no tenía dinero, hizo uso del que había dejado en caja el Tesorero de la Sociedad. Lo repondría tan pronto cobrase algunas cuentas.

Margarita sufría por ese cambio que experimentaba la casa... Su hermana Flora llevaba a la perdición a Admah... ¡A Admah, que era el amor de Margarita!

Y llegó la noche de la fiesta. El salón presentaba el aspecto de un gran palacio de hadas, lleno de la fantasía de un colorista oriental.

Glorietas de finísimas columnas que eran largas barras de caramelo, legiones de muchachas esclavizadas con cadenas de dulce que eran partidas por los invitados golosos, flores cuyos pétalos tenían una dulzura de miel, chicas amables que llevaban collares de azúcar y dejaban que los jóvenes fuesen a morder en estas joyas suaves, de tan tentadora proximidad... ¡Una delicia... algo de paraíso ideal!

Flora estaba radiante. Había conseguido que lo mejorcito de la ciudad se reuniese en su casa. Mientras que en el baile de la señora Thompson, tres o cuatro parejas se aburrían, danzando, amplias, por los salones desiertos...

—¡Pobre señora Thompson! — dijo Flora riendo —. ¡Debe echar chispas! ¡Voy a decirle si quiere honrarnos con su presencia!...

Y le envió una enorme herradura de dulce, con una tarjeta que decía:

“Si puede usted librarse de sus distinguidos hués-

pedes, tendremos mucho gusto en invitarla a nuestra fiesta.”

La señora Thompson se sintió humillada al recibir el obsequio. ¡Aquella triunfadora implacable!... Pero el marido intervino, calmándola:



*Y como no tenía dinero, hizo uso del que había dejado en caja el Tesorero.*

—No te preocupes. Su reino es el de una noche... Mañana yo me quedaré con su fábrica... Su marido no ha satisfecho el pagaré.

Y como los pocos invitados de los Thompson se marcharon temprano, el matrimonio se dispuso a dar una vuelta por los salones de Flora.

—Vamos a contemplar una agonía brillante... las últimas luces de la diosa — dijo el marido.

Admah, en medio de la dicha que le producía el triunfo de aquella noche, pensaba en el desastre de su situación económica. ¡Quizá había hecho mal en permitir a Flora que invitase con tan donosa ironía a los Thompson!... El estaba en manos de este hombre que podía mandarle a presidio. ¡Flora!... ¡Flora!... ¡Si ella supiera las angustias que el pobre joven soportaba para sostener su arrogante boato!...

Viendo a Flora, que miraba con ojos de emoción el éxito grandioso de su fiesta, le dijo en voz baja:

—Hoy eres feliz, chiquilla... ¿verdad?

—¡Completamente!...

—Tú no sabes de lo que soy capaz para que tú triunfes... Pero, Flora, dime... si mañana ocurriera... ¿qué se yo!... una desgracia... un revés de fortuna... no me engañarías... ¿verdad?... ¿Serás siempre fiel, buena para mí?

—Pero, ¿qué tonterías dices ahora?... ¡Eres insoportable!... ¡Amargarme la fiesta de este modo!...

Y le miró, de repente, con ojos fríos, implacables... Parecía revivir en ella la hembra adoradora del lujo.

Un invitado se acercó a Flora. Era un muchacho llamado Benjamín, un millonario que en la misma fiesta había ya mirado con cierto abusivo interés a la dueña de la casa.

—¿Quiere usted bailar conmigo, señora?

—Sí...

Y le sonrió con alegre mirar... Marchó con él... Admah quedó anonadado, como si su vida cambiara de repente... ¿Es que su mujer le amaba sólo por el dinero?...

Había llegado a la casa el matrimonio Thompson... Quedaron sorprendidos al ver la originalidad del adorno. La señora cogió una flor, creyéndola natural, y quedó sorprendida al notar sus manos ensuciadas por la pasta caliente del dulce.

—Pero, ¡esto es admirable!... No hay duda de que Flora sabe hacer bien las cosas...

Admah vió entrar a Thompson y corrió a saludarle... El recién venido negó la mano que el otro, tranquilamente, le ofreciera... Y se dirigieron los dos a un lugar apartado del salón para hablar de negocios...

—A juzgar por el lujo desplegado aquí, debe usted nadar en la abundancia. Supongo que me abonará usted mi pagaré...

—Hoy no puedo, señor Thompson, se lo aseguro... Estoy abrumado de compromisos... Aplacemos el pago...

—No... Concedería un crédito a un hombre necesitado, pero no a un derrochador como usted...

—Sólo seis días...

—No... De ninguna manera... Me va usted a pagar ahora mismo, ¿entiende?... Arrégleselas como pueda... ¡yo quiero mi dinero!... ¡Si no, voy a incautarme de la fábrica!

—¡Aguarde... aguarde!... Mi mujer tiene joyas que valen millares de dólares. Ella me las dará... Estoy seguro. Yo podré pagarle.

—No tengo inconveniente. Vaya por ellas. Le espero aquí.

Admah, aturdido, pero seguro del cariño de Flora, fué a buscar a su mujer. Indudablemente, ella, viéndole en peligro, aceptaría este sacrificio.

Pero Flora tenía otras ocupaciones muy distintas. Seguida de Benjamín, se había sentado en un saloncito que ocultaban discretamente unas cortinas rojas. Flora, disgustada con su marido, escuchaba ahora con atención a su pretendiente.

Benjamín era un guapo mozo y poseía ese don persuasivo de seducción, tan peligroso para las mujeres débiles. Oyéndole hablar de su amor y de sus millones, Flora, aturdida todavía por las extrañas palabras de Admah, no rechazaba las insinuantes ter-

nuras del conquistador. ¡Para mantener a su alrededor la riqueza, era capaz de todo!

—Sí, Flora — le decía él, enseñándole una pulsera de brillantes —. No rechace usted mi regalo... Es una ligera muestra de la pasión que me inspiran sus encantos.

Ella pareció meditar un momento, y luego, sonriéndole, acercándole el desnudo brazo le respondió:

—Ya ve usted que lo acepto.

Benjamín ciñó la pulsera al mórbido brazo de Flora, y enardecido por el aroma que esparcía la hermosa mujer, la besó en los labios con frenético ardor.

En aquel momento, Admah, que al ver el mono de Flora comprendió que su esposa no estaría lejos de su animal favorito, levantó las cortinas rojas del reservado. Ahogó un grito en la garganta y volvió a cerar.

¡Canallas!... ¡Flora besándose con otro hombre!... ¡La mujer por la que él se arruinaba, por la que estaba cerca del presidio, haciéndole tal traición!... Como un himno de burla, la orquesta que tocaba en el salón le hería los oídos... ¡Oh, aquello debía terminar en el acto!

—¡Ea!... ¡Ha terminado la fiesta!... ¡Pueden ustedes marcharse sin despedirse! — gritó a los invitados.

Había tal expresión de furor en los ojos de Admah, que los invitados, mirándose sorprendidos, optaron por marcharse, comentando lo extraño de aquel despedido inaudito...

En unos minutos los salones quedaron desiertos.

La señora Thompson comentó con su marido:

—¡Vaya final amargo para una fiesta de "dulce"!...

Admah entró de nuevo en la salita roja donde Flora y Benjamín permanecían aún en el éxtasis de su culpable amor.

El esposo miró altivamente a su rival, deseando matarle en el acto. Benjamín sostuvo su mirada, y

extrajo un cigarrillo de su pitillera, que Admah de un golpe tiró al suelo.

—¡Márchese usted! — le dijo —. ¡Ya conocerá mi determinación!...



*¡Para mantener a su alrededor la riqueza, era capaz de todo!*

Benjamín, con sonrisa de desprecio, se alejó de allí. ¡Estaba a sus órdenes!

Flora lo contemplaba con miedo. Pero Admah, perdiendo su energía, sollozó:

—¡Flora... no es posible que sea verdad lo que he visto!... ¡Estoy loco!... ¡loco!... ¡Dime que no es

verdad, que el vino se te ha subido a la cabeza, que a quien tú amas es a mí!

Y el pobre hombre, vencido por el golpe rudo, explicó su gravísima situación, la necesidad de que ella le entregara las joyas para librarse del terrible acreedor:

—... ¡Porque tú me amas, tú no me dejarás en la miseria!...

La compasión ligera que se había apoderado de Flora, desapareció al oírle hablar de las joyas.

—No, no las tendrás... ¡Las amo más que a mi vida... son mías!...

—¡Las necesito!... ¡Dámelas! — rugió.

Y de un manotazo violento le arrancó el collar que pendía de su garganta de perla.

—¡Ladrón! — gritó ella —. ¡Pues bien, quédate las... son tuyas!... ¡Ahí las tienes! Me las quitaré todas... ¡menos ésta!... ¡ésta!... — y alzó el brazo, mostrando la pulsera regalada por Benjamín —. ¡Esta no, porque no es tuya, porque me la regalaron con un beso!...

—¡Ah, maldita!... — y su brazo fué a caer contra la infiel. ¡No pudo!... ¡Todo inútil!... ¡Se sentía muerto!... ¡Era como si para él se extinguiera la última ilusión! ¿Para qué luchar?... Tiró el collar al suelo... Ella lo recogió avaramente... Luego, arrastrando los pies, como un enfermo, salió de allí...

Los salones aparecían desiertos... Sentóse bajo un templete de caramelo, y poseído de súbito furor derribó las columnas de frágil pasta de dulce, queriendo morir, deseando desaparecer para siempre.

Todavía no había acabado el calvario... El Tesorero de la Sociedad, que aquella noche había tenido que ir al despacho a retirar unos papeles, se dió cuenta del desfalco de la Caja, y con un policía acudía a detenerle...

El Tesorero, Thompson y el agente procedieron a su detención... Thompson comprendió que la mujer se había negado a darle las joyas... Admah se dejó

coger, con la mirada pálida y vidriosa de un agnizante...

\*\*

Acusado del desfalco, Admah fué condenado a cinco años de prisión. Margarita, la humilde empleada, lloró aquel desenlace amargo. El gran establecimiento comercial pasó a manos extrañas; la casa solariega de los Peake fué también vendida para el pago de innumerables deudas...

Flora había huído con Benjamín que, por el momento, le prometía todos los lujos imaginables. Y Margarita había abierto una pequeña tienda de confitería, poniéndola a nombre de Admah para el día en que éste saliera de presidio. Le aguardaba con la fe de una verdadera enamorada.

Para Admah, encerrado en el presidio, debiendo trabajar al lado de criminales, el único consuelo eran las cartas que periódicamente recibía de Margarita, exhortándole a tener paciencia. Se acercaba ya el fin de la condena. Comprendía Admah que Margarita significaba el dulce amor, pronto al sacrificio.

Y la libertad llegó. Margarita le había escrito que le esperaba en la tienda para entregársela.

Flora había sido abandonada por Benjamín, cansado de esta amante lujosa. Y enferma, pasando hambre, sintiéndose morir, perdida su belleza de antaño, una tarde dirigió sus pasos a la antigua casa solariega de los Peake. Tenía el propósito de ver por última vez aquella mansión de tan bellos recuerdos.

Encaminóse lentamente a ella... Ante la puerta, un mendigo hacía bailar un mono... el mismo que había pertenecido a Flora... La mujer se emocionó ante este encuentro... ¡El pasado revivía aún en el pequeño animal!... Entregó su última moneda al pobre, quien, gratamente sorprendido, le dió una rosa.

La mansión de los Peake era ahora casa de huéspedes. La dueña miró a Flora con malos ojos, y al ver su aspecto le dijo que en aquella casa sólo se admitían mujeres decentes.

Ella comenzó a llorar. Resbaló de sus manos su monedero, que la señora recogió, descubriendo en él un espejito con la inscripción: "Flora Peake".

—Según esto, ¿usted es la hija del antiguo dueño de esta casa? — preguntó.

—¡La misma! — dijo ella con voz apagada —. Y si usted quisiera... ¡yo desearía que me permitiera ver mi antigua habitación!

La mujer, conmovida, accedió, después de dar orden a una sirvienta que fuera a avisar al médico.

"Esta chica se nos va a morir", pensó.

Flora subió por la escalera que unos años antes conoció el triunfo de su primera boda, y al tener entre sus manos la rosa que le había dado el por Diosero, rompió a llorar, recordando la flor que aquel día donara... ella a Admah... ¡Qué dulce era aquella vida!... ¡Y ahora tener que morir!

Entró en la habitación donde todavía la cama de oro mostraba su antiguo esplendor. Estaba algo deteriorada. Una cabeza de cisne que tenía como adorno, aparecía rota ¡Camita de oro que conoció los sueños de la niñez!... Se reclinó en ella, deseando morir cuanto antes.

Entretanto, los primeros pasos de Admah al recobrar su libertad se encaminaban hacia las dos mujeres que dominaban su destino... y hacia la casa que las vio nacer... Dirigióse a la mansión de los Peake, deseando ver aquel antiguo palacio que él había rescatado una vez de manos de los acreedores.

La dueña le recibió amablemente, creyéndole un huésped; pero al enterarse de su pretensión de ver la casa, empezó a creer que el mundo se había vuelto loco. ¿Qué significaba todo aquello?... Apenas hacía cinco minutos que Flora estaba arriba y ahora ese hombre que se llamaba también "antiguo dueño de la casa" pretendía lo mismo. Pero vio tal dolor en sus ojos, que le dejó subir.

Admah, muy emocionado, fué recorriendo el case-

rón y entró en el cuarto, donde, en su cama de oro, reposaba dulcemente Flora.

Dió un grito de horror al reconocer a su mujer. ¡Ella aquí, en esta casa!... Flora, agonizante, le miraba sin reconocerle, pronunciando palabras incoherentes.



*¡Camita de oro que conoció los sueños de su niñez!*

El joven, pálido y tembloroso, se sentó junto a ella.

—¡Flora!... ¡Flora!... — gritó—. ¿no sabes quién soy?...

La sin ventura le miró con sus ojos vidriosos, empañados por la agonía...

—¡Ah, eres el confitero... el confitero!... mas no: eres Benjamín ¿Verdad que eres Benjamín?...

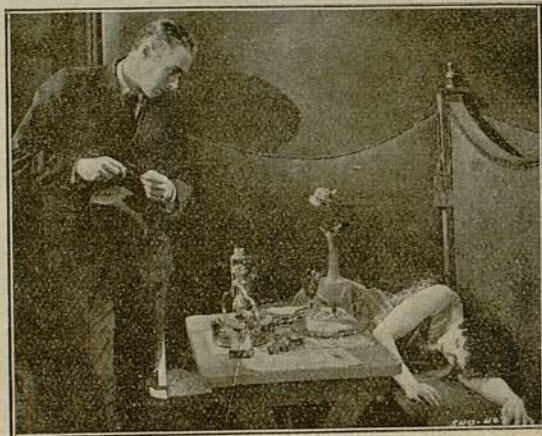
Comprendió Admah que su mujer estaba moribun-



da... Y ella, en un último esfuerzo, acariciando sus bucles dorados y acercándolos a su marido, murmuró:

—¿No los besas?... ¡Son mis cabellos que tú amaste tanto!...

Y sintiéndose envuelto en ese manto dorado, Admah la vió morir... Ella lanzó un pequeño gemido



*¡Pobre Margarita! ¡Junto a ella, olvidaría el dolor!*

y quedó yerta. Cuando la dueña de la pensión subió con el médico, ya todo era inútil. Flora había muerto en el lecho que arrulló el encanto azul de su niñez.

Admah huyó horrorizado de aquella casa maldita. Amanecía... algunos hombres cruzaban las calles, dirigiéndose hacia su trabajo.

Margarita le había aguardado inútilmente, toda la

noche. Le esperaba en la tienda, con un fervor de enamorada.

Admah dirigióse a la dirección donde Margarita le había indicado estaba la confitería. Se sorprendió al ver su nombre en el escaparate. ¡Pobre Margarita! ¡Junto a ella, olvidaría el dolor!

La joven despertó al ver llegar a Admah.

¡Admah!... ¡Tardaste tanto!... ¡Pensé que ya no vendrías!

—¡He visto morir a Flora, Margarita!... Ha expirado en mis brazos...

Lloró la jovencita la muerte de su hermana. ¡Desdichada Flora, consumida por las ansias mortales del lujo!

—Pero, no hablemos de ella — dijo Admah—. He venido para darte las gracias por lo que has hecho por mí... Margarita, te estoy tan reconocido... Has sido para mí como una esposa... ¡Esposa!... Margarita, ¡Flora ha muerto! ¡tú serás mi mujer!

Ella se puso en pie. Aquel hombre, que había adorado en silencio, porque estaba atado con Flora... Pero ahora era libre... Sí, sí... Tenían los dos derecho al amor y a la vida...

Y exclamó, mientras señalaba a unos obreros que habían comenzado el trabajo frente a la tienda, en una casa en construcción:

—Nosotros seremos como estos hombres, Admah... Como ellos construiremos para el futuro, sobre las ruinas del pasado... Y con el tiempo borraremos el dolor. ¡A trabajar... a vivir... y a amarnos!...

Y el primer rayo de sol que entraba en la tienda era el testigo mudo del nuevo amor...

FIN

**PRÓXIMO NÚMERO:**

La preciosa comedia dramática

**CONFESIÓN TARDÍA**

Creación del gran trágico Lionel Barrymore

**ASUNTO EMOCIONANTE**

Postal-fotografía regalo: ROBERT FRAZER

La Novela Semanal Cinematográfica sale todos los miércoles

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELICULAS!

COMPRE USTED

**MALVALOCA**

en la Biblioteca LOS GRANDES FILMS de

La Novela Semanal Cinematográfica

**UN ÉXITO ENORME**

han obtenido los dos últimos libros de las

EDICIONES ESPECIALES

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

**SIN FAMILIA**

por LESLIE SHAW

y

**MARE NOSTRUM**

por ALICE TERRY y ANTONIO MORENO

¡APRESÚRESE A COMPRARLOS!